

André Glucksmann

Voltaire contraataca



André Glucksmann (1937-2015) era hijo de refugiados judíos. Su padre había nacido en Bucovina y su madre en Praga. Afiliados al Partido Comunista tras pasar por el sionismo, ambos se integran en las filas del Komintern para luchar contra el nazismo. A la muerte del padre en 1940, la madre entra en la Resistencia francesa. Como ha dicho Pascal Bruckner, Glucksmann entró en la vida combatiendo. Publica su primer libro *Le Discours de la Guerre* en 1968, siendo asistente de Raymond Aron. Participa en los hechos de Mayo del 68 desde una posición maoísta, defensora de la revolución cultural china. En los años siguientes, una evolución política radical le lleva a romper con el marxismo y se convierte en jefe de filas de los llamados «nouveaux philosophes». En 1975 publica *La Cuisinière et le mangeur d'hommes*, donde equipara el nazismo y el comunismo. Durante estos años defiende a los disidentes de los países comunistas y traba amistad con Vaclav Havel, entre otros. Ya en los años noventa, es de los primeros en denunciar las agresiones serbias en Bosnia, la actitud de Rusia en Chechenia y en apoyar las revoluciones de terciopelo en Georgia y Ucrania. En los últimos años defendió posiciones atlantistas y favorables a las intervenciones israelíes en Gaza. Otros libros suyos son *Le XI Commandement* (1992), *Dostoïevski à Manhattan* (2002) o *Le Discours de la haine* (2004).

Polémico, controvertido, amado y odiado a partes iguales, André Glucksmann ha sido sin duda uno de los más influyentes pensadores europeos de los últimos cincuenta años. Y éste es el último libro que escribió. Como si hubiera querido dejar un testamento a sus conciudadanos europeos, Glucksmann invoca la figura de Voltaire como faro para una Europa errática y asaltada por peligros que no sabe ni identificar. Con *Voltaire contraataca*, Glucksmann ha escrito un canto a la libertad cosmopolita y llama a releer *Cándido*, uno de los más hilarantes himnos a la tolerancia y una oda a la libertad, ante tantos aprendices de dictador, ante el aumento de nacionalismos identitarios y xenófobos, ante tantas infamias, fanatismos y nihilismo. *Cándido*, el héroe que no posee más que el «vértigo de la lucidez».

Como dice Josep Ramoneda en el prólogo, «Glucksmann cierra así un ciclo vital ligado a la filosofía que se abrió cuando era un niño y descubrió el valor de “la audacia de decir en público, costara lo que costase, lo que el ciudadano consideraba cierto”». Y esa actitud sigue siendo imprescindible en la actualidad.

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

ANDRÉ GLUCKSMANN

Voltaire contraataca

Prólogo de
Josep Ramoneda

Traducción de
Antonio Soler Marcos

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Voltaire contre-attaque*
Traducción del francés: Antonio Soler Marcos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo 2016

© Éditions Robert Laffont, S.A., París, 2014
© de la traducción: Antonio Soler, 2015
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-52-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Alexandre
Gracias Raphaël*

Índice

Prólogo, *por Josep Ramoneda*

Europa será volteriana o no será

1. La bomba Cándido
2. La contrarrevelación del ángel Jesrad
3. Elogio del mendigo, del gitano y del sin papeles
4. El viaje que Marx no se ha atrevido a emprender
5. Aprendizaje de la finitud
6. El infame, uno y universal
7. Los fracasos de Venecia y el rechazo del nihilismo
8. El filósofo contra la filosofía
9. Defensa anacrónica del «derecho-humanista»
10. Nula inspiración del ángel Angela
11. En un huerto desengañado

Notas

PRÓLOGO

Contra la tentación de la inocencia

El testamento de Glucksmann

En mayo de 2005, en la presentación de su libro «El discurso del odio», en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, André Glucksmann me dijo: «La resistencia al odio es el gran motor de la historia». Podría ser una idea fuerza para esta Europa desconcertada que no encuentra su voz propia ante los conflictos que la acechan. «Cuando la política fomenta la ansiedad se convierte en un arte reaccionario», escribe Glucksmann, en este su último libro que el lector tiene en sus manos. Y los gobernantes europeos desorientados especulan permanentemente con las angustias de los ciudadanos, sin reparo alguno en hacer suya la agenda de la extrema derecha.

«Los "desarraigados" son tomados por unos parias peligrosos, pensad en los "judíos" de ayer, pensad en los "gitanos" de hoy, pensad en los extranjeros de siempre», escribe Glucksmann. Si en el origen de este libro está su indignación por el trato que, de Sarkozy a Valls, se ha dispensado al número irrisorio de gitanos que habitan «el país de los derechos del hombre», la cuestión de fondo es la nueva realidad de un mundo, en que una parte de sus habitantes, «chinos, indios, brasileños, indonesios, vietnamitas y otros "emergentes"» han dejado de sentirse condenados, como sus antepasados, al «eterno retorno de la miseria y la servidumbre» y desafían a la vieja Europa presunta propietaria del universalismo y autoproclamada faro del mundo. La profunda crisis que atraviesa Europa tiene que ver con la dificultad de adaptarse a esta nueva realidad. Y Glucksmann

nos ofrece a modo de testamento el ejercicio de visitar a Voltaire, como antídoto para vencer la presunción y el narcisismo en que corremos el riesgo de ahogarnos. Frente a la hipótesis posmoderna de «la desaparición de las grandes luchas (Fukuyama) y de los grandes debates (Lyotard)», las luces volterianas pueden ayudarnos a recuperar el sentido de la realidad.

Glucksmann cierra así un ciclo vital ligado a la filosofía que se abrió cuando era un niño y descubrió el valor de «la audacia de decir en público, costara lo que costase, lo que el ciudadano consideraba cierto». Como contaba en *Une rage d'enfant*, debía «el hecho de encontrarme entre los vivos a la impertinencia de una madre rebelde, a su franqueza hablando». Encerrados en Bourg-Lastic, en la Francia ocupada, a la espera de que el tren les llevara a algún lugar del Lager, su madre ante la estupefacción de los soldados explicaba a gritos a sus compañeros de encierro el destino que les esperaba. Y los guardianes «temiendo el pánico incontrolable que iba invadiendo el campo y pronto los trenes» resolvieron evacuar a la oveja negra y su prole. Aquel episodio marcó a Glucksmann. Y una tarde en que el barón y la baronesa Rothschild fueron a visitar la mansión que habían convertido en hogar para niños supervivientes, el niño André estalló: respondió con una rabieta, tirando un zapato a las autoridades por el insoportable tono de alegre encuentro y celebración que tenía el acontecimiento en contraste con la tremenda realidad que le estaba tocando vivir. Fue para Glucksmann su primer acto filosófico. Ahí se gestó el espíritu antitotalitario que gobernó su carrera, no exenta de incomprendimientos, por sus apuestas, que a menudo irritaron al pensamiento progresista convencional.

Mayo 68, del que fue activo participante fue su segundo momento seminal: «La originalidad y el brillo del mayo francés se encontraba en su ruptura, aún balbuceante y a menudo inconsciente, con la ideología comunista». Nunca le abandonó la pasión política que parte de aquella gene-

ración, que es también la mía, olvidó pronto. Y en su denuncia del totalitarismo, del despotismo y de las inercias conservadoras de una izquierda atrapada en sus propios tópicos, acertó unas veces, con el apoyo a los disidentes del Este, a los chechenos, a los bosnios o con su crítica permanente el autoritarismo postsoviético representado por Putin, y erró otras, especialmente en las guerras de Bush y en el efímero apoyo a Nicolas Sarkozy del que se decepcionó profundamente cuando comprendió, como me dijo un día, que lo que caracterizaba al presidente era un inmensa superficialidad.

«He dedicado mi larga vida adulta –la existencia que comienza después de los errores y la impaciencia de toda juventud que se precie– a combatir el beatífico optimismo de los dogmáticos, de los idealistas, de los bienaventurados ideólogos convencidos del progreso ineluctable de la Historia, he intentado desbaratar la engañosa benevolencia de los estafadores que prometen el paraíso así en la tierra como en el cielo mientras nos conducen al infierno. He redactado más de dos decenas de ensayos en los que incitaba al lector a desentrañar el mal, mostrando a través de los sueños más sugerentes a los devoradores de hombres más feroces.» Es el sentido de su vida de filósofo. Y quiso dejar un último testimonio de ello en *Voltaire contraataca*. En el largo camino, sus grandes obras: *La Cuisinière et le mangeur d'hommes*, *Les maîtres penseurs*, *Le XI Commandement*, *Dostoïevski à Manhattan*, para señalar aquellas que definen los conceptos principales de quien dedicó toda su vida a su idea de la filosofía como compromiso. Una idea que quizá suena a antigua en tiempos en que la política la hacen los expertos (los que creen que la experiencia humana es reductible a fórmulas matemáticas a partir del cálculo de intereses) y los asesores de comunicación, en que la filosofía es una vieja dama incómoda.

Formado en la guerra durante su infancia y en el izquierdismo durante su juventud, la pulsión militante nunca le

abandonó, al servicio de todo lo que identificaba como causas por la libertad y contra la estupidez. Durante casi cuarenta años he tenido la suerte de pasar por su casa cada vez que he ido a París. Y con él y con Fanfan, y con Raphael, he compartido mesa con rumanos, argelinos, bosnios, chechenos, georgianos, checos, rusos y otras gentes marcadas por el despotismo. En *Voltaire contraataca*, Glucksmann libra su última batalla para ayudar a salir del aturdimiento a los ciudadanos europeos, que «se embriagan de fatalismo barato», ante el despertar de los pueblos miserables de ayer que han hecho saltar en pedazos «el orden del universo en cuyo centro nos colocábamos nosotros».

La filosofía política de André Glucksmann podría articularse entre dos categorías fundamentales: el nihilismo y el mal. El nihilismo es la destructora creencia de que todo es posible, que ha llevado a las peores pesadillas totalitarias. El miedo a «hablar mal del mal», una especie de temor reverencial instalado en Occidente, impide reconocer que el mal es el que funda, que podemos ponernos de acuerdo frente al mal, pero nunca en torno al bien. En nombre del bien se han cometido las peores atrocidades. En una de estas cenas, que siempre añoraré, me dijo: «Ha sido más importante la muerte del diablo que la muerte de Dios». Fue la puerta que condujo a la tentación de la inocencia.

André Glucksmann desarrolló un discurso antitotalitario y contribuyó a sacar de la penumbra la realidad de los sistemas de tipo soviético. Y emprendió la deconstrucción de los mitos del progresismo: la visión teleológica de la historia, las fantasías de reconciliación final, la ilusión del bien. Para Glucksmann cualquier fantasía sobre la superación del mal es mortífera. Es la muerte del hombre. Crítico con las efímeras teorías del fin de la historia, dedicó alguno de sus mejores libros al nihilismo terrorista. Su activismo intelectual le llevó a defender la guerra de Irak, lo que nos sirvió para aprender el valor de la amistad: superamos aquel trance sin un rasguño en la relación personal.

Al final de su fructífero recorrido, Glucksmann constata que «Se creía que la civilización provenía de arriba, transmitida por los magos, los sabios, los santos, los conquistadores y los fundadores de imperios. Pero no, proviene de abajo, allí donde manos anónimas se esfuerzan por serenar un caos siempre naciente, cada vez distinto». Es la lección de Cándido, que ha olvidado el Dorado. Y que aleja a Glucksmann de sus momentos más grandilocuentes, para acercarlo a la revalorización de los espacios compartidos, de las redes comunitarias, como un rencuentro con aquel estallido infantil contra los poderosos. Por eso nos invita al regreso a los fundamentos, a la verdad concreta de las cosas: «frente a tanto desconocimiento de sí mismo, frente a tantos miedos irracionales, frente al retorno de "infamias" que suponíamos enterradas, algunas inyecciones de ilustración volteriana pueden ayudarnos a recobrar el sentido y afrontar la situación con realismo». Luces para el desconcierto europeo, porque nada le irritaba más que la autocomplacencia, el fatalismo del bien, que destruye los mejores momentos de los pueblos. Y que se niega aceptar una verdad fundamental: el sentido trágico de la vida.

JOSEP RAMONEDA